CAPÍTULO I.

La Corte en Chapultepec.—Viage á Cuernavaca.—Conjuracion de Tlalpam.—
Regreso.—La junta.

L 18 de Setiembre de 1866 comencé á desempeñar mi cargo de médico de cámara en la Corte del empecarador de México.

Dos dias habian pasado de las fiestas que, durante el imperio, se acostumbraban celebrar en memoria del primer grito de independencia lanzado por el cura Hidalgo. Con tal motivo, el emperador habia declarado en un discurso, que se hizo célebre, su firme voluntad de perseverar en sus propósitos á pesar de las desfavorables condiciones que guardaba la cosa pública.

Desde el 10 de Febrero del mismo año en que llegué al país, hasta este momento, habia yo desempeñado el cargo de médico militar; mi promocion al nuevo empleo la debí á las recomendaciones del Dr. Semeleder, médico ordinario del emperador. A propósito de esto haré notar, que pocos dias despues de mi ingreso al dicho cargo, hizo el Dr. Semeleder su última visita de médico al emperador, y desde aquel momento yo fuí de hecho el único médico de este príncipe, no obstante que el Dr. Semeleder no obtuvo su formal dimision sino hasta Noviembre.

Residia la corte imperial, en esa época, en Chapultepec, á cosa de una hora de distancia de la capital, ocupando el palacio que antiguamente era de los vireyes, y que el emperador habia puesto en estado de habitarse, á costa de no pequeños gastos.

Hallábame en un terreno completamente nuevo. Por poco dispuesto que yo estuviese á querer mezclarme en las agitaciones de los diversos partidos, sentia, no obstante, la necesidad de enterarme lo mas pronto posible, de las condiciones de la corte. Ya me esperaba yo que tendria que luchar con la desconfianza y la frialdad; muy pronto ví confirmada esa prevision mia. En los primeros dias especialmente, cuando mi posicion aun no parecia asegurada, ni digna mi persona de que se la buscase para cualquier combinacion política, las gentes todas con quien tuve que ponerme en contacto me hicieron el efecto de jugadores que esconden sus cartas.

El emperador, á quien ví entónces por la primera vez, me recibió con la afabilidad que le era habitual; y conforme al ceremonial que estaba en uso en Chapultepec, fuí admitido á la mesa imperial, para lo que no era preciso como en México, invitacion espresa. En Chapultepec, y lo mismo en Cuernavaca, todas las personas de la Corte comian con el emperador.

Entre los comensales, que en su mayor parte eran empleados superiores de la Corte y oficiales de órdenes, habia dos personas que hicieron gran papel en el imperio: el padre Fischer, y el consejero de Estado Herzfeld.

El padre Fischer me pareció un hombre, que por su aspecto duro y severo mas bien se le hubiera tomado por un soldadon que por un sacerdote. Aquel aspecto suyo, no menos que su rostro terso y rozagante, que á decir verdad nada tenia de ascético, contrastaban de una manera muy estraña con su acento melífluo todo uncion, así como tambien con la cossu

tumbre que tenia de alzar los ojos al techo ó de bajarlos al suelo cuando la conversacion recaía sobre un asunto que se le figuraba peligroso.

El consejero Herzfeld me hizo la impresion de un cortesano desenvuelto, que ponia empeño en dar siempre á sus discursos un giro agradable, y en disipar las nubes que se condensaban en la frente del emperador su señor. Poco escrupuloso en la eleccion de sus conversaciones, no dejaba de hacer de vez en cuando picantes y justas alusiones al estado clerical de su vecino de mesa.

Nada digno de mencion hay en los primeros dias de mi presencia en la corte: mi posicion no iba á delinearse claramente, sino cuando nos trasladamos á Cuernavaca á principios de Octubre.

Está situada Cuernavaca al Sur de México, á distancia de diez y ocho leguas, en un ameno y profundo valle. Su vegetacion tropical y su clima templado, cosas muy del gusto del emperador, habian hecho que de ella hiciese su mansion predilecta. Tiempo hacia que habia tomado en arrendamiento una casa, la de Borda, y comprado una pequeña finca dependiente del pueblito de Acapantzingo, á la cual le habia puesto por nombre Olindo.

Se me habia dado la órden de dirigirme á Cuernavaca con el personal de la Corte; llegamos allí, en efecto, dos dias antes que el emperador. Conmigo iban el padre Fischer, el profesor Bilimek, director del museo de historia natural de México, y Luis Arroyo, que despues fué ministro de la casa imperial. El emperador se nos reunió, acompañado de Herzfeld, y escoltado por un escuadron de húsares al mando del Conde Khevenhüller.

En este viage á Cuernavaca, y en la temporada que allí pasamos, comencé á acercarme al emperador. Allí, por vez primera, entabló conmigo conversaciones familiares, cuyo asunto eran especialmente las condiciones de su salud; por

la manera con que se esplicó, no me quedó duda de que habia puesto en mí toda su confianza.

Seis dias permaneció Maximiliano en Cuernavaca. Las horas de la mañana invariablemente se dedicaban á los asuntos del gobierno; las tardes, á pasear á caballo por las inmediaciones. El último dia convidó á comer al alcalde de Acapantzingo y á su secretario; este se presentó en mangas de camisa. "No lo estrañe vd.," me dijo el emperador al notar mi asombro, "en mis viages por el interior, mas de una vez he recibido á algunos indios que iban en traje mas ligero todavía."

Para el sétimo dia se habia proyectado una escursion á la hacienda de Temisco, distante cosa de cinco leguas; mas los preparativos hubieron de suspenderse, y al dia siguiente, muy de madrugada, salimos para México.

En la noche, víspera de nuestra marcha, conjeturé, por el aspecto descompuesto y meditabundo de Herzfeld, de Fischer y de Arroyo, que semejante decision súbita (puesto que el emperador habia pensado estarse doce dias en Cuernavaca) tenia que ser motivada por alguna causa grave; no me engañé en mi congetura. Habia llegado, en efecto, á Cuernavaca la noticia de una conjuracion tramada en Tlalpam, en virtud de la cual el emperador debia ser asesinado al volver á México, y proclamarse entonces la república. Daba esta noticia el general O'Horan, prefecto de Tlalpam, anunciando al mismo tiempo al emperador, que ya habia descubierto á los conjurados, y ahorcado á doce de los cabecillas.

Hasta ahora no se ha aclarado bien si realmente hubo tal conjuracion, ó si fué inventada, como ya desde entonces se decia, por O'Horan, el cual durante toda su vida política y militar disfrutó siempre de una reputacion harto dudosa, como que repetidas veces cambió de color, y se distinguió siempre por su escesiva crueldad, ya con los liberales, ya

con los conservadores. Sea como fuere, aquel repentino aviso fué causa de nuestro regreso, el cual se verificó sin mas accidente. El atentado, contra el cual se tomaron las correspondientes precauciones militares, no tuvo efecto.

Al mismo tiempo que nosotros, llegó de Europa á Chapultepec la noticia de que la emperatriz volvia de su mision en un vapor de guerra francés, y que no tardaria en arribar á Veracruz. El emperador directamente me lo participó, previniéndome al mismo tiempo, que me dispusiese para acompañarlo á Orizaba, en donde se habia propuesto aguardar á la emperatriz. "No diga vd. nada de este proyecto al Dr. Semeleder, me dijo tambien el emperador, porque no sabe vd. todavía cómo andan las cosas en la Corte, y no quisiera yo sin necesidad disgustar á Semeleder." 1

Pocos dias despues de su vuelta á México, el emperador convocó en Chapultepec una junta, á la cual fueron llamados los ministros, los consejeros de Estado, y algunos otros señores del país de los mas versados en negocios de Hacienda.

Al volver de Cuernavaca, el emperador habia preparado con Herzfeld un proyecto para someterlo á dicha junta, proyecto segun el cual se convocaria un congreso nacional que decidiera acerca de la forma de gobierno para el porvenir. Lo singular fué que la convocatoria de la junta, hecha por el padre Fischer, así como las deliberaciones de esta, se ocultaron con mucho empeño á Herzfeld.

Los resultados de esa reunion marcan un punto tan culminante en la política interior del imperio, que me parece oportuno dar antes una breve idea de las circunstancias políticas tal como á la sazon se encontraban.

¹ Concuerdan con todo lo anterior las dos cartas del emperador al mariscal Bazaine, de que habla el Sr. de Kératry. Segun ellas, el emperador, que aguardaba á la emperatriz del 20 de Octubre en adelante, pedia al mariscal que diese las disposiciones necesarias para la escolta.